

Raíces profundas: indias y británicas a la vez

1. La multiculturalidad británica

En un artículo publicado en 1993, el crítico Pico Iyer describió las estanterías de las librerías británicas como «tan ruidosas, políglotas y multicoloridas como las mismas calles británicas». Por descontado, si nos fijamos en aquellos que han ganado recientemente los premios literarios más prestigiosos, como por ejemplo el Booker, veremos que el canon tradicional de literatura inglesa se está transformando de forma radical y desde dentro. Casi sin que se dé cuenta la Inglaterra más rancia y conservadora, enormes ámbitos de la vida británica se están hibridizando sutilmente debido a las aportaciones culturales de las comunidades británicas de origen asiático y caribeño. Estas últimas manifestaciones culturales «exóticas» se encuentran en una lucha constante con la corriente cultural anglo-americana para que esta última reconozca la recién conquistada hegemonía de la primera. La pregunta qué significa ser británico en el nuevo milenio requiere una visión nueva y aglutinadora de la cultura contemporánea de este país, es decir, es imprescindible desarrollar nuevas teorías sobre la condición británica teniendo en cuenta las minorías étnicas que constituyen un siete por ciento de la población del Reino Unido. Para la población británica de color, los indios, los afrocaribeños y las demás personas de origen no europeo, recuperar narrativas histórico-culturales propias implica abordar cuestiones de raza y etnicidad. Asimismo, sus incorporaciones al debate sobre la esencia de la nación británica ayudan a aclarar lo que representa la cultura británica en la época poscolonial. No cabe duda de que los asiáticos y los afrocaribeños están preocupados por el desarrollo de la cultura. Sólo hay que observar las enormes manifestaciones culturales por parte de estos colectivos. El carnaval caribeño, el rap y la música *bhangra* —una adaptación moderna de la música folk del Punjab, entre otras muchas manifestaciones culturales de estas comunidades dan fe de la vitalidad y la innovación de sus creaciones. Además, no se pueden olvidar otras aportaciones culturales no europeas, que ya están establecidas como insti-

* Felicity Hand es profesora titular del departamento de Filología Inglesa de la Universitat Autònoma de Barcelona. Sus principales líneas de investigación son los escritores/as indios y africanos, sobre todo los de la diáspora, y los estudios culturales, especialmente la cuestión de la narrativa de la historia. Entre sus publicaciones más recientes están «Shaking off Sharam: the Double Burden of British Asian Women», *On Writing (and) Race in Contemporary Britain* (Universidad de Alcalá, 1999); la edición con la Dra. Kathleen Firth de *India, Fifty Years After Independence* (Peepal Tree Press, 2001) y «Promesas consolidadas: A segunda xeración de escritores africanos» Unión Libre. Cuadernos de Vida e Culturas (2001).

tuciones «autóctonas», como por ejemplo, el *curry*, comida india recientemente asignada la comida típica inglesa, especialmente el plato denominado pollo estilo *tikka masala*. Hoy en día ningún ciudadano británico duda del carácter *autóctono* de esta última delicia culinaria. De este modo, está claro que no se puede fijar de una manera precisa cualquier teoría sobre la esencia o el carácter británicos ya que, con la aparición de nuevas creaciones de las minorías étnicas, surgen continuamente nuevas definiciones de esta esencia británica, lo cual prueba que estas minorías son una piedra angular de la cultura contemporánea británica.

Entre la comunidad asiática, los escritores masculinos, como por ejemplo Hanif Kureishi y Salman Rushdie, son bastante conocidos. A Kureishi se le conoce sobre todo por sus películas (*Mi hermosa lavandería*, 1985, *Samie y Rosie se lo montan*, 1987 y *Londres me mata*, 1990). La *fatwa* dictada a Salman Rushdie en 1989 con motivo de la publicación de la polémica novela *Los versos satánicos* convirtió a Salman Rushdie en un personaje famoso por razones extraliterarias. Sea cual fuere el motivo de su fama inicial, Rushdie es considerado el «padre» de la nueva generación de escritores indios, a quienes se les llama «sus» *hijos de la medianoche* en referencia al título del libro que le consagró como novelista. De hecho, Rushdie ha dominado la escena literaria en cuanto a los denominados «escritores emigrantes» se refiere, especialmente después de la concesión del premio más importante de las letras británicas en 1981, el prestigioso premio Booker. En 1993 Rushdie fue también galardonado con el «Booker of Bookers», o sea, con el reconocimiento a la calidad de su obra literaria dentro y fuera del Reino Unido.

Menos conocidas pero cada vez más presentes en el panorama literario son las escritoras británicas de origen indio o paquistaní. En este artículo hablaré especialmente de dos escritoras británicas de origen indio cuyas obras son representativas de esta nueva ola de creación poscolonial: Meera Syal y Atima Srivastava. Meera Syal, actriz y guionista, es la autora de dos novelas *Anita and Me* (1996) y *Life Isn't All Ha Ha Hee Hee* (2000), que hasta la fecha no han sido traducidas al castellano. Atima Srivastava también tiene dos novelas publicadas, *Transmission* (1992) y *Looking for Maya* (1999) y una tercera en vías de publicación. Antes de comentar algunas de las obras de estas dos autoras, explicaré brevemente el contexto sociocultural en el cual éstas escriben y ambientan sus novelas.

2. La llegada de los indios

En los años cincuenta y sesenta tuvo lugar un acontecimiento con efectos poco predecibles por aquel entonces: la llegada de gran número de inmigrantes procedentes de las antiguas colonias, sobre todo del subcontinente indio y del

caribe anglófono. En gran parte, las personas que tomaron la decisión de emigrar a la antigua metrópolis estaban respondiendo a la necesidad imperiosa de mano de obra que tenía el Reino Unido de la época. Y es que, después de la segunda guerra mundial, la economía del país mejoró y esto se tradujo en un gran crecimiento de la industria y un incremento del nivel de vida. Debido a este crecimiento económico, muchas personas que ocupaban puestos de trabajo más bajos podían aspirar a trabajos mejor remunerados y de más prestigio social, dejando muchas industrias sin personal. Pronto corrió la voz de que había mucho trabajo en Gran Bretaña y, en pocos años, empezaron a llegar personas deseosas de mejorar su nivel de vida. Debemos recordar que un recién llegado de la India podía cobrar más en un mes en Gran Bretaña que en todo un año en su país. Al principio no hubo demasiadas protestas porque la mano de obra era más que necesaria. Sin embargo, durante la década de los sesenta, y a pesar de la legislación restrictiva que se iba aprobando, crecieron voces de alarma que vaticinaban nada menos que una invasión de extranjeros de color que acabarían colonizando a los blancos sin piedad. La campaña de hostilidad hacia los nuevos trabajadores, los cuales debemos recordar eran ciudadanos con pasaporte británico, fue en aumento y desencadenó en la aprobación de una ley de inmigración que prácticamente puso punto final a la llegada de nuevos trabajadores procedentes de aquellas antiguas colonias donde la mayor parte de la población es de color, es decir, de los denominados países de la «nueva» Commonwealth. Además, la ley de 1971 facilitó el regreso a la madre patria de aquellos ciudadanos que podían alegar un antepasado nacido en el Reino Unido, léase blanco. La inclusión de esta cláusula no deja lugar a dudas que la política de inmigración de entonces tenía por objeto restringir la entrada y denegar su condición de británicos a la gente de color y, al mismo tiempo, reafirmar las raíces británicas de los ciudadanos australianos o canadienses por el mero hecho de pertenecer a la raza blanca. Una consecuencia tal vez no esperada de esta ley fue la reagrupación familiar de aquellos trabajadores que temían volver a su país por miedo de no poder regresar a Gran Bretaña una vez fuera vigente la nueva ley. Ya no pugnaban por entrar nuevos trabajadores, sino que comenzaban a llegar las esposas y los hijos de los inmigrantes ya establecidos. Cuando se habla de la reagrupación familiar, nos estamos refiriendo, en gran parte, a las familias indias, paquistaníes y bangladeshis. La inmigración caribeña fue, desde el principio, mixta, puesto que emigraban tanto mujeres como hombres, y en muchos casos, mujeres solas con hijos. La situación de los emigrantes del sur de Asia fue muy diferente debido a su contexto cultural, ya que en esta zona del mundo la mujer suele permanecer en el hogar al cuidado de los hijos. Como resultado de esta situación la inmigración del subcontinente indio fue casi exclusivamente masculina hasta finales de los sesenta.

La llegada de mujeres indias y paquistaníes provocó aún más rechazo hacia las comunidades de color por parte de los autóctonos. Esto es así porque éstas

se vestían de una forma notablemente diferente (con *saris* o *shalwar kameez*) y parecían encarnar unos valores que entraban en contradicción directa con los valores culturales británicos. Al ser la mujer a menudo portadora de usos y costumbres tradicionales, se temía también que las recién llegadas transmitieran unos valores culturales ajenos a sus hijos, lo que impediría la identificación de éstos con el Reino Unido. Es cierto que la mujer india o paquistaní desde niña aprende la importancia del *izzat*, orgullo o reputación, y que para conservarlo ella debe comportarse de una forma intachable sobre todo en lo que concierne a sus relaciones con el sexo masculino. La niña sabe que una virtud femenina es cumplir el *sharam*, es decir, ser modesta, discreta y recatada. Las mujeres también destacaban negativamente por su poco dominio del idioma inglés, fácilmente comprensible si se tiene en cuenta que muchas mujeres no se relacionaban con la población autóctona, y por tanto, no tenían ocasión, ni apenas necesidad, de aprender la lengua del país que las acogía. La existencia de una red de tiendas y servicios asiáticos, que empezaba a ser muy extensiva en la década de los setenta, les ahorraba la necesidad de acudir a servicios británicos. Además, había mujeres que observaban el *pardah* (la segregación de la mujer) a rajatabla y que se veían confinadas en su casa saliendo rara vez de ésta sin la compañía de su marido. Algunas escritoras asiáticas han escrito la dificultad de cumplir las leyes del *pardah* en un contexto británico debido más a la falta de apoyo femenino que a la segregación sexual en sí.

Otro factor cultural que creaba cierto malestar entre la población blanca era el tema de los matrimonios pactados. Esta costumbre, muy mal entendida en el mundo occidental, servía para demostrar el atraso de los asiáticos y, sobre todo, el de las mujeres asiáticas, atrapadas por esta barbaridad. La prensa se deleitaba con historias de niñas obligadas a casarse con hombres mayores contra su voluntad, lo que daba pruebas indisputables de la cultura primitiva de los asiáticos. Obviamente, existen abusos del sistema, como en todas las conductas humanas, sin embargo, se evidenciaba un desconocimiento de la organización familiar asiática que se rige por una estructura familiar extendida, donde el concepto del individuo, tan arraigado en occidente, queda subordinado al núcleo familiar. Las decisiones importantes de la vida, como la elección del futuro cónyuge, se toman en el conjunto de la familia. El rechazo de la institución del matrimonio pactado por parte de la población británica autóctona era debido al sentimiento de horror creado por lo que se percibía como una pérdida de la propia personalidad. La gente se fijaba en el aspecto negativo, o mejor dicho, entendido como negativo, del sistema matrimonial y no comprendía su lado positivo, es decir, no comprendía el gran apoyo y la fuerza afectiva que rodea a los miembros de la familia, y el saber que en caso de ir mal las cosas, la familia se solidarizará contigo y te ayudará. Curiosamente, las escritoras indias y paquistaníes hacen hincapié precisamente en esta característica de la familia extendida asiática, viéndola no como una limitación a la libertad personal, sino

como el enorme sostén que proporciona a sus miembros. A menudo son los escritores masculinos quienes utilizan la trama del matrimonio forzado, más que pactado, y denuncian lo que ellos ven como un abuso del poder patriarcal. En esta línea podemos destacar la novela de Hanif Kureishi, *The Buddha of Suburbia* (1990), en la cual un padre paquistaní quiere que su hija, nacida y criada en Inglaterra, se case con un chico de Paquistán que él ha elegido para ella. La chica se niega y el padre, disgustado por este acto de desobediencia filial, emprende una huelga de hambre. Kureishi explica que, de joven, se quedó impresionado con la enorme presión que el padre ejerce en estos casos y de alguna manera quiso exponer esta opresión paterna en su obra. Farrukh Dhondy, dramaturgo y novelista de origen indio, también utiliza este tema en sus obras teatrales *Romance*, *Romance* y *The Bride* (1985). Sin embargo, el interés de Dhondy se centra en la excepcionalidad corrupta del sistema, más que en el sistema en sí.

3. La respuesta literaria de la segunda generación

La segunda generación de inmigrantes asiáticos, la mayoría de los cuales han nacido en Gran Bretaña, tienen una visión algo diferente a sus padres por lo que respecta a ciertas costumbres arraigadas en la cultura del sur de Asia. Los sociólogos hablan de la necesidad que esta segunda generación ha sentido de lograr un equilibrio entre las dos culturas que los forman, la de sus padres y la de su país de residencia, en este caso, el Reino Unido. Se habla en muchas ocasiones de la situación problemática de esta generación, que tiene que decantarse por una u otra cultura, como si no fuera posible beneficiarse de las dos. Afortunadamente, en la actualidad, se suele hablar del hibridismo de los hijos de los primeros inmigrantes, con lo cual se celebra la permeabilidad de las culturas, sobre todo cuando éstas se encuentran una dentro de otra, muy diferente. La segunda generación (recordemos que ahora hablamos ya de una tercera generación, para referirnos a los nietos de los primeros inmigrantes) se ha visto obligada a triunfar en un país predominantemente blanco y cristiano y, al mismo tiempo, a conservar su identidad india o paquistaní. La primera generación se caracterizó, en gran parte, por un sentimiento de agradecimiento al país acogedor. Sus hijos, en cambio, no tienen por qué agradecer nada a nadie, ya que han nacido en Gran Bretaña y, por tanto, se sienten tan británicos como sus conciudadanos blancos. El dilema de cómo se puede ser británico e indio a la vez es un tema recurrente en mucha literatura contemporánea anglo-asiática. La escritora Meera Syal, en su segunda novela *Life Isn't All Ha Ha Hee Hee* (2000), hurga precisamente en esta cuestión. La novela se centra en los paralelismos entre la vida de tres chicas británicas de origen punjabí, Chila, Sunita y Tania. Las tres tienen que redefinirse constantemente debido a las circunstancias cambiantes de la vida. Las fronteras entre un grupo étnico y otro no son

fijas sino que pueden fluctuar según la situación y las circunstancias. Lo que dividía a los asiáticos de los años sesenta de los británicos no es lo mismo que lo que divide la comunidad asiática y la blanca hoy en día. Antes hubo ignorancia y miedo, ahora, esperemos, hay más información y más tolerancia aunque el color todavía actúa como un significante muy poderoso de alteridad. Tal y como se indica en el título de este artículo y en la cita siguiente, las raíces culturales son muy profundas y pueden llegar a mostrar tanto la falta de comprensión de otras tradiciones que perdura como la lealtad dividida que sufre la mujer asiática.

Anyone with a bit of sense would guess that a comprehensive-educated kid from a blue-collar family in the East End is force-fed her language and rituals as a matter of survival, our defence against the corruption outside our front door. Anyone Asian, that is. Only anyone not Asian would assume that wearing mini-skirts and liking Italian food meant I was in ethnic denial. The roots go deeper than that, honey. Ask most of my girlfriends ... between them they run business empires, save lives on operating tables, mould and develop young minds, trade in non-existent commodities with shouting barrow boys, kick ass across courtrooms and computer screens. In the outside world, they fly on home-grown wings. Then they reach their front doors and forget it all. ... they are soothing children and saying sorry, bathing in-laws and burning with guilt, ... telling everyone who will listen they don't mind... (p. 146-7)

Cualquiera que tenga un poco de sentido común adivinaría que una chica de familia obrera del East End de Londres que ha terminado la educación secundaria ha aprendido la lengua y los rituales de la zona de manera forzosa para poder así sobrevivir, es nuestra manera de defendernos contra la corrupción fuera de nuestras casas. Cualquiera que sea asiático, quiero decir. Sólo alguien que no sea asiático daría por supuesto que yo estaba rechazando a mi grupo étnico por llevar minifalda y por comer comida italiana con gusto. Las raíces llegan mucho más profundo que eso, cariño. Pregúntale a la mayoría de mis amigas [...] ellas se traen imperios de negocios entre manos, salvan vidas en camillas de hospital, moldean y hacen avanzar mentes jóvenes, comercian con vendedores callejeros sobre mercancías inexistentes, [...] en el mundo exterior, vuelan con alas que ellas mismas se han fabricado. Luego, llegan a las puertas de sus casas y lo olvidan todo [...] son chicas dulces que piden perdón, que bañan a sus sobrinos y que tienen un alto sentido de culpabilidad [...] que dicen a cualquiera que les quiera escuchar que no les importa [...]

El tema de los dilemas que surgen por tener que navegar entre dos aguas fi-

gura en la obra de Atima Srivastava, un buen ejemplo de esta segunda generación de inmigrantes indios. Debería puntualizar que es algo arriesgado hablar de esta segunda generación como si constituyera un grupo homogéneo de personas. Poca cosa tienen en común los hijos de un trabajador musulmán de Bangladesh que reside en un barrio obrero del este de Londres con los hijos de una familia hindú de clase media que ha emigrado a Inglaterra desde Kenia. Es importante no olvidar las particularidades que diferencian un grupo étnico de otro, aunque también es cierto que los jóvenes tienden a identificarse como británicos de origen asiático (*British Asians*) al darse cuenta de las muchas experiencias que les unen. El hecho de compartir el mismo tono de piel no deja de ser un factor importante porque el color sigue siendo un indicador destacado de su carácter ajeno para muchos británicos blancos.

Atima Srivastava nació en Mumbai (Bombay) en 1961, pero su familia se trasladó a Londres cuando ella tenía ocho años y se ha criado en Inglaterra. Srivastava se mueve tranquilamente entre Londres y Mumbai y sus novelas están ambientadas en la capital británica aunque las dos protagonistas son, como ella misma, de origen indio. La obra creativa de Atima Srivastava se centra en los problemas y las preocupaciones de la segunda generación de inmigrantes indios, pero al mismo tiempo, son novelas muy británicas donde la vida actual de Gran Bretaña de finales del siglo veinte queda muy reflejada. Srivastava ha trabajado como editora independiente de películas y vídeos y ha colaborado con la BBC y Channel Four, además de una reciente participación en una ópera comunitaria. En su primera novela, *Transmission*, Ungelliee, la protagonista, y su hermano Rakesh, son dos jóvenes muy integrados en la vida británica. Se visten con ropa occidental, se hacen llamar Angie y Rax respectivamente y utilizan el lenguaje popular de las calles del norte de Londres. Angie se esfuerza por educar a sus padres para ser más ingleses o, al menos, a adaptarse a lo que ella interpreta como comportamiento inglés: llamar a la puerta de su dormitorio antes de entrar, abstenerse de abrir sus cartas y decir por favor y gracias de vez en cuando. Ellos, sin embargo, siguen observando a Gran Bretaña desde una perspectiva india y se horrorizan del estilo de vida que llevan sus vecinos y sus hijos. Angie se dedica a hacer reportajes *free-lance* para la televisión y cuando la contratan para hacer un documental sobre las personas que tienen los anticuerpos IVH con un enfoque diferente, más personal y menos sensacionalista, se lanza con entusiasmo al cometido. Con el tiempo se involucra cada vez más en la vida de los dos protagonistas de su programa, Kathi y Lol, hasta tal punto que cuando la chica desarrolla el sida y quiere dejar el programa, Angie empieza a tener dudas sobre el significado del concepto de ética profesional. Hasta ese momento, Angie se había creído dura y poco sentimental, perfectamente cómoda con el realismo práctico del mundo de los medios de comunicación. Sin embargo, ahora se da cuenta de que no ha podido mantenerse al margen del drama vivido por Kathi y Lol y decide que respetar la intimidad de las per-

sonas está por encima de cualquier prioridad mediática. Así pues, se deshace del video original, lo cual representa para ella una liberación, no se sabe si del mundo sofocante de la competitividad, o de un mundo carente de valores humanos. El título de la novela, *Transmisión*, tiene, por tanto, tres lecturas claras. Por un lado, la novela hurga en el mundo del sida y en los peligros de contagiar la enfermedad. Por otro lado, la novela se refiere también al mundo de la televisión, al de las luchas despiadadas por triunfar - aunque sea a base de pisar a todos los demás. En último lugar, y quizás esta interpretación sea la más acertada, las dudas de Angie y su decisión de conservar el anonimato de Kathi, aunque esto significa perder un buen reportaje, reflejan aquellas raíces profundas de la cultura asiática que Angie ha heredado muy a pesar suyo. Su respeto a unos valores fundamentales y su rechazo a un mundo frío y calculador dice mucho sobre la efectividad con que la primera generación de indios transmitió sus valores y su código de conducta a la segunda generación.

Esta identidad colectiva de «asiáticos británicos» se ve muy reflejada en las manifestaciones culturales actuales, como la música bhangra, que se debe entender como un producto de la experiencia *británica* de los jóvenes indios y paquistaníes. De este modo, se ve cómo las segundas y terceras generaciones de asiáticos traspasan muchas fronteras culturales, lingüísticas e incluso religiosas, si se da el caso. Este continuo cruce de fronteras se convierte en un espacio intermedio donde se forjan nuevas identidades. Angie habita este espacio intermedio, una zona que no es ni totalmente india, como la zona donde se mueven sus padres y la generación de los primeros inmigrantes, ni totalmente británica, donde se mueven los británicos blancos. El acceso a esta zona híbrida da una flexibilidad de movimiento pero también una constante obligación de redefinirse. La novela de Srivastava también se mueve en este espacio, ya que escapa de cualquier definición categórica. No es solamente una novela étnica, si por esta etiqueta se entiende una novela que aborda la problemática de ser de una minoría étnica en un país occidental. Es una novela que aborda temas actuales de la Gran Bretaña de finales del siglo veinte, temas como: cómo se sobrevive en una ciudad grande, cómo se adapta uno a la enfermedad del sida, cómo se triunfa en el mundo de los negocios, en resumen, cómo es la vida en la Gran Bretaña contemporánea y poscolonial. El protagonismo de personajes de las minorías étnicas aporta a la novela una dimensión mucho más británica.

De algún modo, pertenecer a una minoría étnica a veces significa actuar de embajador y representante de todo un colectivo para la población autóctona blanca. A las escritoras indio-británicas, igual que a otros escritores étnicos, se les exige actuar como portavoces de su comunidad. Se espera que de alguna forma representen a su grupo étnico como si fueran antropólogos. En principio, a estos escritores no les gusta sentirse obligados a representar a todo un colectivo de personas, que tiene una variedad y complejidad internas como cualquier otro grupo humano. Ahora bien, también debemos constatar que gracias a la

etiqueta de «minoría étnica», actualmente se pueden oír las voces de escritores y escritoras desconocidos o simplemente ignorados. La moda literaria actual dicta que una obra publicada por una persona de origen no europeo tiene un éxito prácticamente garantizado por muy pobre que sea su contenido o estilo. Es cierto que hoy en día existen más facilidades para que algún escritor de una minoría étnica pueda publicar su libro, pero de esta manera se está intentando corregir los errores del pasado, cuando era imposible conocer la experiencia y la perspectiva de las personas del llamado tercer mundo. Obviamente, han habido algunos abusos y se han publicado algunas obras de baja calidad que se han vendido por su etiqueta étnica, incluso ha habido casos de escritores blancos que, en desespero o por pura maldad, se han hecho pasar por mujeres negras para, de esta manera, gozar de un éxito asegurado. Ahora bien, la tentación de subir al carro de la moda literaria no menosprecia la importante labor de estos escritores y escritoras negros porque si ellos no dan a conocer la experiencia de pertenecer a una minoría étnica, ¿podemos esperar que lo hagan los blancos?

Uno de los objetivos prioritarios de los escritores de origen no europeo ha sido, de entrada, rechazar cualquier etiqueta «étnica» que pueda restringir la temática de sus obras. En segundo lugar, estos escritores han procurado también borrar aquellas imágenes estereotipadas que representaban a los indios y paquistaníes como un pueblo estático que se mueve únicamente por las normas de conducta dictadas por una cultura anacrónica para el nuevo milenio. Para conseguir este fin, muchas escritoras del subcontinente indio han abordado el tema de los matrimonios pactados que, tal y como hemos anotado antes, desde la perspectiva occidental, perpetúa una visión de mujeres totalmente sumisas e indefensas ante la tiranía de los padres. Las escritoras indias de segunda generación, como es el caso de Meera Syal y Atima Srivastava, presentan las dos perspectivas del sistema. Para Angie en *Transmission*, el matrimonio queda aún muy lejos. Tanto su madre como sus tías ridiculizan su asociación occidentalizada del matrimonio con el amor. Para las mujeres de la primera generación, los europeos sobrevaloran el amor, que sólo existe en las páginas de *Cosmopolitan* (p, 52). La tía Roshni no tiene nada que envidiar a sus compañeras (británicas) del trabajo porque no tiene ningún conflicto en su matrimonio (pactado), mientras éstas están en lucha continua con sus maridos y novios por demostrar sus derechos económicos y políticos. La tía Roshni no tiene porqué entretenerse en luchas de poder con su marido, sencillamente es ella quien manda en casa. El personaje, algo cómico, de la tía Roshni demuestra el gran prestigio con el que cuenta la figura de la madre en la familia asiática. La mujer, como madre, y aún más como suegra, goza de una posición de autoridad y respeto dentro de la familia india, a diferencia de su homóloga europea que ve cómo su papel en la familia se reduce al de cocinera y niñera. Angie tampoco representa la idea tradicional de joven india que espera obedientemente la decisión de sus padres

respecto a su matrimonio. Angie está demasiado absorta en su trabajo y demasiado consciente de su propia individualidad como para sentir que necesita el respeto y la tranquilidad que aporta el matrimonio a una familia india.

La novela de Meera Syal, *Life Isn't All Ha Ha Hee Hee* presenta tres visiones del matrimonio tal como se vive en el seno de una familia india. De las tres chicas protagonistas de la novela, Chila parece ser la más afortunada. A pesar de ser poco agraciada y no demasiado lista, logra cazar al soltero más codiciado de la comunidad y se le ve feliz en su papel de ama de casa y esposa leal. El matrimonio de Sunita sufre por la frustración que ella siente por no poder compaginar la maternidad con la carrera. Tania irrumpe en escena como la más liberada, cuyo éxito profesional no para de escalar, lo cual casi le aparta de sus amigas de la infancia. Tania empieza una relación con el marido de Chila pero al descubrir esta traición, ésta logra entender que el matrimonio no es un cuento de hadas y, una vez superada la decepción, saca fuerzas para seguir adelante con su hijo pequeño. La fachada humorística de la novela de Syal oculta una constante de la vida, que es tomar decisiones, elegir, y descartar opciones. Las tres británicas punjabís luchan entre el deber que les han inculcado de pequeñas, el *Izzat*, y lo que ellas quisieran hacer, su preferencia personal. Syal celebra la importancia de la experiencia compartida de ser inmigrantes indias de segunda generación en un país mayoritariamente blanco.

[habla Tania] They did that for me, you know. Both of them. I'd limp back to them after another playground rumble and they would groom me like two maternal monkeys, checking my teeth and hair, producing tissues to dab away any blood and spit, putting me back together neatly before returning to our families, because we all knew what hell there would be to pay if our parents sniffed any scandal clinging to our uniforms. It was simple really, only having to choose between two worlds, home and everywhere else. And in between was the long walk home, and the three of us, rebuilding the crossing on each journey. ... there aren't that many of us who built that bridge, walked it together. Our parents ignored it, our children won't even see it. Some of us will never get off it. I missed them, my fellow travellers. (p.319)

Lo hacían por mí, sabes. Ambas. Yo me estiraba hacia ellas después de hacerme daño en la hora del patio, y ellas me cuidaban como si fueran mamás mono, me miraban los dientes y el pelo, me limpiaban de cualquier mancha de sangre o de saliva, me dejaban lista para volver a nuestras familias, porque todas sabíamos lo que podía pasar si nuestros padres olían algún escándalo en relación a los uniformes. La verdad es que era fácil, teníamos que escoger entre dos mundos, nuestro hogar y el resto. Y entre ambos mundos estaba la larga caminata de regreso a casa, y las tres reconstruíamos la travesía en cada viaje [...] no somos muchas constru-

yendo este puente, caminándolo juntas. Nuestros padres lo ignoraban, nuestros hijos no lo verán. Algunas de nosotras nunca saldremos de él. Yo echaba de menos a mis compañeras de viaje.

A Meera Syal se la conoce no sólo por sus novelas, sino también por su colaboración en el guión de la película *Bhaji on the Beach* (1993) dirigida por la también británica de origen indio Gurinder Chadha, y por su participación en la popular serie de humor *Goodness Gracious Me*, transmitida por primera vez en la BBC en 1998. *Bhaji on the Beach* marcó un hito histórico en el cine contemporáneo británico al ser una película hecha por indios y sobre indios, con personajes blancos en papeles periféricos, y por atreverse a sacar a la luz pública muchos de los temas tabúes que la comunidad asiática preferiría ocultar de los ojos intolerantes de algunos blancos. El hecho de ser la directora una mujer, además, supuso una profundización en la situación actual de la mujer india y la oportunidad de echar tierra por fin a la imagen de ésta como una prisionera de sus propias creencias. El guión de Chadha y Syal indaga en cuestiones como el racismo entre indios y afrocaribeños, la violencia doméstica tolerada, los conflictos entre padres e hijos, y las relaciones prematrimoniales, entre otros muchos temas. De hecho, esta película está desbordada por un exceso de temas ya que Chadha ha creado una obra rebotante de choques culturales y generacionales. Convertida ya casi en una película de culto, *Bhaji on the Beach* representa un paso importante para la comunidad india de Gran Bretaña. En esta película y en las obras de la segunda generación de inmigrantes es evidente que la comunidad asiática ya ha superado la etapa de tener que explicarse al resto de los británicos, la segunda generación de británicos de origen indio ya no está obligada a justificar su presencia en el país, a diferencia de sus padres. Su condición humana no necesita ningún tipo de camuflaje antropológico y ellos pueden ya mostrarse tal y como son, es decir, como personas de carne y hueso y no como personajes exageradamente positivos cuya función es la de contrarrestar los estereotipos heredados de la época colonial.

Algunas voces críticas han insinuado que la moda étnica y el clima actual de corrección política no han fomentado una buena calidad literaria. Es cierto que algunas escritoras indias y paquistaníes han preferido dar prioridad a la narración de las experiencias de sus compañeras al acomodarse en el nuevo país por encima de perseguir una técnica estilística sofisticada. Sin embargo, creo que es importante conocer estas experiencias ya que forman parte del mosaico de la cultura contemporánea británica y puesto que son la base a partir de la cual la excelencia surgirá de esta nueva faceta de la creación artística en lengua inglesa. Se ha dado el pistoletazo de salida y el tiempo dirá si las nuevas escritoras de origen indio serán capaces de seguir haciendo oír su voz y seguir recreando una nueva interpretación de cómo ser británico e indio en el siglo veintiuno.

BIBLIOGRAFÍA

- CHADHA, Gurinder, *Bhaji on the Beach*, 1993.
- HAND, Felicity, «Overturning Imperial Views. A Talk with Hanif Kureishi», *BELLS*, 5, 1994: 165-9.
- SRIVASTAVA, Atima, *Transmission*, Londres: Serpent's Tail, 1992.
- SYAL, Meera, *Life Isn't All Ha Ha Hee Hee*, Londres: Anchor, 2000.